

El Gran Norte, nuevo espacio geopolítico

Thierry Garcin

Traducción de Roberto Rueda Monreal (CPTI/CCC-IFAL)

El mundo ártico depende, de ahora en adelante, del calentamiento del planeta: modificaciones del banco de hielo, de los recursos pesqueros, de las rutas marítimas rusa y canadiense. Vastos yacimientos petroleros y de gas (mar de Barents), la exportación terrestre y marítima de materias primas, el desarrollo de los metaneros, los riesgos de contaminación nuclear (península rusa de Kola), las apuestas de soberanía y las zonas de influencia, así como la importancia de la región para la *Missile Defense* estadounidense, son otros tantos temas clave para este conjunto geoestratégico en evolución.

Las razones para interesarse en el Gran Norte ártico son cada vez más numerosas. Al respecto, es de celebrarse que 2007-2008 haya sido declarado Año Polar Internacional (cerca de 70 naciones deberían asociarse).

En primer lugar, el calentamiento del planeta se ha convertido en una realidad indiscutible: los cambios climáticos están en curso. El casquete glaciar continúa derritiéndose desde los años 1970: las imágenes satelitales lo muestran insistentemente, al igual que las lecturas de submarinos nucleares estadounidenses y soviéticos, además de los comandantes de rompehielos y de barcos de expedición polar. Esto tiene un gran efecto a largo plazo, para gran cantidad de actividades humanas, para el hábitat, para la fauna y para la flora.

El nivel del mar se eleva: en términos absolutos, si los hielos de Groenlandia se derritieran totalmente, la crecida sería de siete metros. La salinidad del agua se modifica, si bien el banco de hielo es salado, los icebergs son de agua dulce ya que provienen de los glaciares. Las corrientes cambian: el agua fría, producto del deshielo polar, se hunde bajo el *Gulf Stream*. Los recursos marinos y la pesca se ven afectados: acostumbrados a una temperatura apropiada, los peces migran y hay que recordar que el bacalao es uno de los grandes recursos de Noruega (la pesca ocupa el segundo lugar en las exportaciones). La erosión de los glaciares es patente: si bien el Antártico es un verdadero continente (14 millones de km², es decir 1.7 veces Brasil) que culmina a 5,140 metros y queda lejos de los hombres (a 3,600km del Cabo Norte), el Ártico es de hecho un océano provisto de multitud de glaciares, cuyas islas están habitadas y se ubican cerca de grandes concentraciones humanas (Canadá, países escandinavos, Finlandia, Rusia...). La explotación de recursos naturales en el mar (petróleo y gas) se torna considerable: los estadounidenses vía Alaska, los noruegos y los rusos vía el mar de Barents. Los ecosistemas se transforman: pueblos autóctonos, poblamiento, economía, transporte, turismo.

En resumen, el Ártico está calentándose más rápido que cualquier otra región del mundo, y el mar de Barents se encuentra particularmente involucrado. Sin caer en el lirismo ecológico, podemos afirmar que en el transcurso del siglo XXI los cambios son seguros.

Los intereses de las potencias

El caso canadiense

Para el norte de Canadá, Estados Unidos representa la mayor dificultad. Efectivamente, este país no reconoce las aguas de esta extensión gélida del Gran Norte canadiense como aguas pertenecientes a Canadá, afirmando que se trata de aguas de alta mar y, en cuanto al famoso pasaje Norte-Oeste, de un estrecho internacional (interpretación que comparte la Unión Europea). En un *Libro blanco* de 1987, Canadá había desarrollado la “estrategia de los tres océanos”: Pacífico, Ártico y Atlántico.

Washington no dejó de provocar varias veces a Canadá en el Ártico: en 1969, al hacer entrar sin autorización al petrolero *Manhattan* en el pasaje (sentido Oeste-Este), lo que no impidió que el navío quedara en los hielos en ocho ocasiones; en 1985, al hacer navegar por ahí al rompehielos *Polar Sea*, lo que obligó a Canadá a trazar una línea de base, cuestionada de inmediato. A pesar de las promesas del nuevo Primer Ministro (2006), los medios de Canadá para hacer valer sus derechos son escasos: el universitario quebequense Frédéric Lasserre señala que “en los años 1980, se organizaban 26 patrullas (aéreas), en promedio por año, para el cuidado de la soberanía; en 2000, sólo se contaron 4 para todo el territorio nórdico”. Los rompehielos no son numerosos, su potencia es reducida, están muy poco presentes y no pueden trabajar en invierno. En los años 1980, Canadá incluso había estudiado seriamente la compra de unos doce submarinos nucleares de ataque (SNA).

Evidentemente, hay que recordar que Estados Unidos nunca firmó la convención de Montego Bay (1982), sobre el derecho marítimo. En resumen, se trata de un frente a frente jurídico, en donde las partes se hablan para no escucharse; pero, ¿hasta cuándo? Se trataría más bien de un *gentleman agreement*, si estuviéramos seguros de que se trata de un verdadero acuerdo y de que Estados Unidos es un *gentleman*.

Este pasaje Norte-Oeste sólo se abre algunas semanas en verano (de finales de julio a finales de septiembre, de Este a Oeste) y, aún si el derretimiento del banco de hielo continúa (su espesor se ha reducido en más de un 40% desde 1958), es inconcebible en lo que nos resta de vida una ruta marítima abierta todo el año. Dicho lo anterior, un paso estival permitiría un atajo apreciable: el trayecto Londres-Tokio ganaría 7,600 kilómetros en relación con el canal de Panamá, famoso por sus desventajas (es de compuertas, lento, y está saturado, aunque próximamente lo ampliarán). Al noroeste, el mar de Beaufort tendría yacimientos de petróleo significativos.

El caso estadounidense

El Gran Norte siempre ha sido esencial para Estados Unidos, inclusive durante la guerra. En las relaciones Este-Oeste, Canadá representó una frontera natural, sobre todo antes de la aparición de los misiles intercontinentales. Recordamos de hecho la angustia de los líderes estadounidenses durante el lanzamiento del *Sputnik* soviético en 1957: en lugar del satélite, era fácil colocar a corto plazo una ojiva nuclear en el misil, lo que se

apresurarán a hacer los soviéticos con su cerco de misiles intercontinentales tierra-tierra. Veinte minutos inexorables (el misil no es “redireccionable”) habrían bastado para alcanzar las megalópolis estadounidenses, vía el polo Norte. Los pesados bombarderos soviéticos de los años 1950 eran lentos, podían ser abatidos en el mejor de los casos, tenían que atravesar los hielos de Canadá. Y la red de alerta avanzada *Nadge* podía intentar dar la alerta. Canadá era sin duda un *limes* estratégico, un auténtico “escalón” geopolítico. Además, los submarinos nucleares estratégicos estadounidenses podían ir a esconderse bajo el banco de hielo.

Alaska, vendida por Rusia al joven Estados Unidos en 1867 (no olvidemos que San Petersburgo tenía intereses en la costa oeste estadounidense), es rica en petróleo, aunque este sólo represente el 22% de la producción nacional. Los estadounidenses mantienen en espera las reservas de Alaska, entre otras cosas, por razones obligadas: se encuentra lejos, el petróleo está en las profundidades, es costoso, las reservas son modestas, el Congreso se muestra hostil a nuevas exploraciones, British Petroleum (BP) acaba de cerrar (2006) explotaciones debido a las fugas. Alaska también había experimentado una devastadora marea negra (Exxon Valdez, 1989), que contaminó 1,700 kilómetros de costas.

Finalmente, hay que resaltar que el archipiélago aleutiano, conjunto de 150 islas habitadas (12 000 habitantes) y que cierra el mar de Bering, hace que Alaska se extienda hacia el noroeste de Asia, poniéndola en contacto con la península rusa de Kamchatka y en dirección a Japón (dos islas fueron brevemente ocupadas por los japoneses en 1942-1943). Las Islas Aleutianas también habían sido vendidas por Rusia a Estados Unidos en 1867.

El caso danés

Groenlandia fue administrada por los estadounidenses durante la Segunda Guerra Mundial (instalaciones navales y bases aéreas, todavía actualmente en Tule). Estados Unidos tiene un interés mayor en conservar un vínculo sólido con este territorio, habida cuenta del papel esencial de estas extensiones en el establecimiento del escudo antimisiles *Missile Defense*, por acuerdo negociado con Dinamarca.

Groenlandia, al igual que las Islas Feroe, desde la guerra, ha experimentado una fuerte corriente independentista. Colonia hasta la constitución danesa de 1953, se convirtió en región hasta 1979, y envió dos diputados al parlamento de Copenhague (escaños que actualmente todavía pueden influir en la vida política de la metrópoli). El territorio se hallaba bajo la tutela de un ministerio especial de Groenlandia, con un gobernador. La autonomía, rápidamente difundida, no se otorgó sino a partir de 1979 (dos años después de instituida una Conferencia Circumpolar Inuit que reúne a los pueblos de Alaska, Groenlandia, Canadá y Siberia), con la creación de un gobierno y de un Parlamento, además del reconocimiento de la lengua y la bandera. Seguridad, moneda, justicia, derecho civil y familiar, y explotación del subsuelo, entre otras cosas, son de la competencia de Copenhague. Un Ministro del Reino reside en la ciudad principal, Nuuk. En 1984, Groenlandia se autoproclamó “desnuclearizado”, junto con Islandia y las Islas Feroe danesas. Groenlandia había expresado su deseo de retirarse de la CEE (a la que se había adherido Dinamarca en 1973), y este se concretó en 1985. Groenlandia quedó

entonces exenta de parte de la CEE de los derechos aduaneros sobre los productos pesqueros y cobró caro los derechos de pesca a la Europa comunitaria.

El hielo se extiende sobre 1.8 millones de km², pero dos terceras partes de la población (57,000 habitantes, fuertemente urbanizados) reside en la costa oeste, con aguas libres de hielo. Hay pocas actividades fuera de la pesca (caza de focas, servicios y administración, sobre todo), se explotan pocos minerales, los daneses de la metrópoli son cada vez menos, y se extienden desempleo y alcoholismo. Se trata entonces de una economía artificial, en gran medida dependiente de las ayudas directas de Copenhague.

El caso ruso

En el plano geopolítico, es interesante mencionar el paso Norte-Este, soviético y después ruso. Permitiría, teóricamente, unir las dos partes de Rusia que nunca se habían juntado, a no ser por la conquista y la colonización (siglo XVI y particularmente siglo XVII): la Rusia de Europa, de la que nadie sabe dónde termina, y los rusos menos que nadie (el Ural no es más que una de tantas líneas divisorias), y la Rusia de Extremo Oriente.

Esta península rusa del Pacífico, muy poco poblada actualmente, nunca ha estado ligada a Moscú: Siberia es un inmenso desierto natural con una importante riqueza de recursos (gas, petróleo, minerales), codiciada para colmo por China desde finales del siglo XIX. La ruta es una puerta de acceso que sigue siendo intransitable (hay once husos horarios desde el extremo oeste hasta el extremo este del país). El tren, transiberiano, es azaroso, lento y complicado (además, su tamaño nunca ha aumentado convenientemente, a pesar del poderío industrial de la Unión Soviética). Únicamente el avión puede franquear este espacio casi inconmensurable, que hace de la eterna Rusia un país profundamente bicéfalo, pero el beneficio de la travesía aérea, por definición, es sólo para algunos *Happy few*.

Queda el barco. La única salida viable a lo largo de todo el año se hace por la península de Kola, que hace frontera con Noruega (y aún en este caso, los submarinos soviéticos tenían que sortear la barrera occidental Groenlandia-Islandia-Reino Unido (GIRU) y los sistemas de sensores Groenlandia-Islandia-Feroe (*Sound Surveillance System*, SOSUS); ya que, del lado del Pacífico, en invierno, Petropavlovsk se ve copada por los hielos, al estar Vladivostok situada más abajo y depender además de los estrechos japoneses. Es entendible que los rusos hayan desarrollado, en el plano marítimo, un complejo obsidional. En 1987, el nuevo Secretario general Gorbachov había intentado romper el cerco, con un plan ambicioso para el Ártico incluido en el famoso discurso de Murmansk.

El paso Norte-Este tendría, entonces, la ventaja de permitir el cabotaje de río a río en la parte oriental de Rusia (ya que los ríos corren de Sur a Norte, a la inversa de la parte occidental). Justamente, el presidente Putin fue irónico, casi feliz por el efecto invernadero y un aumento a corto plazo de algunos grados de temperatura en su país. De hecho, el paso Norte-Este comienza a ser utilizable de julio a octubre, y hasta noviembre. Pero no hay que llamarse a engaño: abrir un paso en el norte de Rusia exige rompehielos de energía nuclear. ¿En verdad es esta la prioridad financiera de Moscú?

La cuestión clave del mar de Barents

El mar de Barents se ha convertido, en el Gran Norte, una región importante. Tromsø, en el extremo norte del continente noruego, a menudo había sido la base trasera de las expediciones polares (ahí se encuentra el Instituto Polar de Noruega). Durante la guerra, la región tuvo una dimensión estratégica: ruta del hierro, lucha por el agua pesada, papel de los convoyes trasatlánticos hacia Murmansk (puerto ruso de la península de Kola), patrullas de submarinos alemanes, instalación de estaciones meteorológicas. Después, este fue, con Turquía, el único punto de contigüidad entre la URSS y la Alianza Atlántica. Oslo había sido miembro de la OTAN bajo ciertas condiciones: ausencia de tropas extranjeras, prohibición al tránsito o recepción de armas nucleares. Noruega y Rusia hacen frontera ahí, ya que Finlandia y Suecia no bordean el mar de Barents. De ahí en adelante, esta zona rica y prometedora tiene un lugar preponderante.

Primero, los recursos pesqueros de la zona son abundantes en la vertiente noruega, debido al *Gulf Stream* que se despliega a lo largo de toda la costa y cuya temperatura, de hecho, se ve alterada por el derretimiento glacial. La mitad de los 15,600 pescadores noruegos (2004) viven en el extremo del país (60% de los barcos pesqueros), poco poblado en sí. Las autoridades no ocultan su inquietud, conscientes como son de los riesgos de la inmigración (8 000 rusos viven en Noruega) proveniente de una península de Kola pobre y abandonada por Moscú. La preocupación es real, más cuando la acuicultura en tierra, que hace que los hombres se establezcan, representa la mitad de las actividades relacionadas con el mar. Desde mediados de los años 1970, se habían firmado acuerdos bilaterales, en una zona donde los guardacostas (que vigilan una superficie seis veces más grande que la Noruega continental) constantemente tienen que vérselas con pescadores españoles infractores. La “zona gris” entre Noruega y Rusia, extensión de un sector más vasto donde se ponen de manifiesto reivindicaciones entrecruzadas sobre la delimitación entre ambos países, es objeto, afortunadamente, de un acuerdo provisional de pesca.

Sin embargo, los descubrimientos realizados por empresas desde los años 1960 en materia de petróleo (explotación en los años 1980) cambiaron las reglas del juego, antes de que el gas se impusiera como otra mina de oro, al punto de que el país se convirtió en el tercer exportador mundial de petróleo y gas natural (octavo y séptimo productor, respectivamente). Por poner un ejemplo, Noruega cubre el 25% de los requerimientos de gas de Alemania y cerca del 30% de los de Francia. El considerable yacimiento de gas de Snohvit permitirá a partir de 2008 realizar exportaciones con metaneros. Del lado ruso, Shtokman se convirtió en el yacimiento de gas en el mar más importante del mundo.

Los noruegos, de igual forma, están inquietos por una posible alianza rusa-estadounidense contraria a sus intereses (por ejemplo, envío de desechos nucleares estadounidenses a Rusia, en respuesta a una ayuda estadounidense para descontaminar la península de Kola, cuyo sobrenombre es el “basurero nuclear”, auténtico “vertedero” de submarinos nucleares ex soviéticos que ya nadie reclama. No lejos de ahí, el archipiélago deshabitado de Nueva Zembla, que separa al mar de Barents del mar de Kara, por mucho tiempo utilizado como polígono de explosiones nucleares: ahí se encuentran numerosos residuos y desechos sólidos nucleares, además de reactores nucleares de rompehielos, navíos exploradores y submarinos, enviados al fondo del mar sin mayor precaución.

A corto plazo, es evidente que el transporte de petróleo es el que despierta las

mayores inquietudes, habida cuenta de ciertos factores de peso. Efectivamente, la marea negra es una verdadera espada de Damocles. La oscuridad prevalece gran parte del año; el clima es a menudo severo y las condiciones meteorológicas son duras; las distancias son grandes; los medios para remolcar son limitados y difíciles de distribuir; la costa tiene una muy particular forma dentada; el agua fría absorbe menos bien los productos de la contaminación que el agua más caliente. El naufragio del *Prestige* (2002), en las costas de España, sigue estando presente en el recuerdo de los expertos y responsables noruegos, que no dejan de pedir un alejamiento del “carril” a 50 kilómetros de las costas. Por añadidura, los petroleros provenientes de Murmansk para navegar en las costas noruegas serán cada vez más numerosos, *a fortiori*, si un nuevo oleoducto ruso comunica la península de Kola.

El caso escolar del archipiélago de Svalbard

Situado a medio camino entre el Cabo Norte (norte de Noruega) y el Polo Norte (entre el paralelo 77 y el 80 Norte, ya que la isla de Ross se yuxtapone al paralelo 81 y la Tierra de Francisco José está apenas más cerca del polo), el archipiélago de Svalbard es más conocido en Francia con el nombre de Spitzberg, una de las cuatro islas principales (más 150 islas pequeñas). Cubierto de hielo en un 60%, vasto como dos veces Bélgica, poco poblado (1,900 habitantes, de los que 1,700 viven en Longyearbyen, antigua ciudad minera) y con su parte más elevada a 1,717 metros, Svalbard fue descubierto por el holandés Barents en 1596 (¿o por los vikingos desde el siglo XII?). La caza de la ballena, la pesca, la caza mayor, la explotación de carbón y las expediciones hacia el polo atrajeron a numerosos aventureros. Globos dirigibles (el sueco *Andrée* partió de la playa pedregosa y helada de Virgohamm, antes de hundirse en el mar), de la antigua estación de *Zeppelin* en la base científica de Ny-Alesund (donde aún trabajan algunas decenas de científicos de diversas nacionalidades, hasta surcoreanos y chinos), aviones y trineos, entre otros, permitieron esta exploración del polo, por lo regular trágica. Más lejos hacia el norte, la estación de Kinnvika sigue intacta: lugar de ninguna parte, en un sitio magnífico y desolado, como surgido de la creación del mundo, había servido a los suecos para hibernar en 1957-1958, célebre año geofísico internacional. Nuevamente, algunos investigadores pasan ahí una temporada en los años 1960 y después en el invierno de 2005-2006 (observación de osos polares).

Con soberanía noruega desde el Tratado de París de 1920 (9 partes originalmente, Francia incluida, y 39 en la actualidad con derechos iguales, el tratado sigue estando “abierto”), Svalbard es excepcional en el plano jurídico. Restricciones militares (ni base naval ni guarnición), no discriminación entre nacionalidades, concesión a los soviéticos rusos (pueden visitarse las instalaciones de Barentsburg, casi abandonadas, estación meteorológica, 500 personas, entre ellas 23 niños), observancia estricta del medio ambiente... Bajo tutela administrativa del Ministerio de Justicia, con un gobernador que tiene facultades equivalentes a las de la policía, Svalbard recibe igualmente por rotación a cientos de estudiantes en su dinámico Centro Universitario. Noruega tiene todo el interés en mantener una población nacional significativa.

Un futuro incierto

Calentamiento de la Tierra, papel eminente de los recursos naturales (petróleo y gas, minerales) cuyas reservas tienen fama de ser considerables (de hecho, los especialistas admiten de manera voluntaria conocer bastante mal la geología de los lugares), amenazas contra la pesca, nuevos riesgos de mareas negras, litigios sobre las delimitaciones marítimas o sobre el estatus de los mares y las aguas, movimientos independentistas, especificidades del mar de Barents y del Svalbard noruego, tratamiento de los desechos y gestión de las instalaciones nucleares ex soviéticas, importancia de la región para el establecimiento de un escudo antimisiles estadounidense..., resulta claro, las razones son numerosas y fuertes para que el Gran Norte ártico tenga un lugar preponderante. Es ya un espacio por completo geopolítico, geoestratégico y geoeconómico. Lo mejor: respeto al derecho y cooperación internacional; lo peor: catástrofes naturales o técnicas, rivalidades y antagonismos.

En todo caso, no faltan las iniciativas: el programa Barents 2020 de cooperación regional está dirigido al desarrollo, la investigación y a poner énfasis en las actividades económicas, además de la protección al medio ambiente. Noruega desea atraer a Rusia por su conocimiento y sus éxitos en la innovación, promoviendo el intercambio de conocimientos, dado su notable avance en algunos ámbitos. Una amplia muestra de plantas comestibles será congelada en una cavidad del Spitzberg en 2007, “por si acaso...”. El explorador francés Jean-Louis Étienne medirá en 2007 el espesor del banco de hielo, desde lo alto de un dirigible, el *Pole Airship*. La goleta *Tara*, aprisionada voluntariamente por los hielos, estudiará hasta 2008 los cambios climáticos. Y el Año Polar Internacional 2007-2008 debería suscitar la curiosidad y movilizar las voluntades.

Por el momento, nada indica que la suerte del Gran Norte ártico esté echada.

Thierry Garcin

Maestro de conferencias de HEC (Alta Enseñanza Comercial, por sus siglas en francés), productor delegado en Radio France y director de seminario en el Collège interarmées de défense, Thierry Garcin es autor en particular de *Les Grandes Questions internationales*, Economica, 2001.

Revue des revues, sélection de décembre 2007

Thierry Garcin : « Le Grand Nord, nouvel espace géopolitique »
article publié initialement dans *Défense Nationale*, novembre 2006.

Traducteurs :

Anglais : *Défense Nationale*

Arabe : Selmane Ayache

Chinois : Yan Suwei

Espagnol : Roberto Rueda Monreal

Russe : Martha Kouznetsova

Droits :

© *Défense Nationale* pour la version française

© Selmane Ayache /Bureau du Livre de l'Ambassade de France en Algérie pour la version arabe

© Yan Suwei /Centre culturel français de Pékin pour la version chinoise

© Roberto Rueda Monreal /Institut français d'Amérique latine pour la version espagnole

© Martha Kouznetsova /Centre culturel français de Moscou pour la version russe